

CUANDO UNO Y OTRO NO SON DOS

I

La tarde tenía una madurez triste, descosida.
Mirábamos sin ver.

Temíamos morir dentro de poco; unos por completo, otros en ese jirón del alma que se lleva siempre la muerte cuando pasa por nuestro lado.

Delante y alrededor de nosotros se alzaba una sensación de frío quieto, pesado; de miedo que nos arañaba el alma, incitándonos a mirar hacia atrás... y correr locamente, huir hacia donde fuera y como fuera. Todo ocurría en segundos. Estábamos inmersos en una sensación extraña. Delante teníamos una sensación de miedo y no de paisaje.

Las órdenes corrían como lagartos, de boca en boca, sinuosas, rápidas.

—Hay que llegar lo antes posible a la vaguada...

—Hay que aprovechar el relevo...

—Si cae alguno herido, dejarlo: ya lo cogerán los camilleros.

Nuestra escuadra estaba formada por El Gallego, Marcos, Albizu, Pablo y Juan *el distraído*. El cabo era una mezcla de mando y sentimentalismo; le gustaban los tangos de Carlos Gardel y hacerle la pelota al oficial. Albizu había sentenciado que estas condiciones le preparaban perfectamente para ser el más perfecto cabrón.

Hay hombres que son así: más claros por sus manías que por sus palabras. Y más allí, en aquella apretada uniformidad que siempre da la triste resonancia de los huecos, donde brotan inesperada, fugazmente, las cosas de la tierra, de la carne, de la cabeza, del alma.

—Listos...

—Atención...

—Cuidado...

El nerviosismo crecía en todos, era algo inmóvil que nos tenía quietos por fuera pero que se hinchaba por den-

tro, haciéndonos decir palabras absurdas, reír estúpidamente y decir palabras cortadas, cosas raras; huíamos, así: parados.

Pesaba el aire, parecía arena o grasa que nos envolviera en una playa viscosa, en la que moverse era difícil y necesario a la vez. No se podrá hacer una fotografía de esto, pero el que ha pasado por ello no lo olvida nunca.

Estábamos inmersos en una tragedia que pretendíamos alejar con mirada dura, con silencio y luego con ruido y gritos, pero ahora estábamos en esos silencios largos, en que nos gustaría arañar fieramente la tierra, como si pudiéramos hundirnos en ella. Guiar nuestros pensamientos a destruir lo que amábamos, y así instalábamos, en la cara, lejana y dulce, de la muchacha que más nos gustaba, la voz y los coloretes de la última prostituta con quien estuvimos. Estábamos en esos instantes en que tememos que nos destruyan, y nos vengábamos echando estiércol sobre los otros. Por eso decía que no había fotografías de cómo éramos entonces: tal vez, cucarachas, ratas, moscas de cloacas.

—Ya sabeis, rápidos en todo —volvía a decir el cabo.

—Lo que hace falta es que esto se ponga ya en marcha de una vez— le espetó Albizu.

La tarde llegó a su silencio más hondo, metiendo todos los ruidos en su hoyo cada vez más grande. mientras los colores dejaban de serlo y se borraban como en las pizarras viejas de los colegios.

Y llegó la orden:

—La escuadra que corte las alambradas.

Y saltamos, salimos agachándonos, queriéndonos perder en lo invisible... pero sonaron los punteos de las balas y entonces gritamos y corrimos locamente y buscamos hoyos o algo donde esconder la cabeza, mientras un ruido infernal nos cercaba. Uno se levantó y quedó como un espantapájaros entre los alambres y las púas y oí la voz de Albizu que, entre insultos, exclamó:

—¡Que una madre para uno para esto!

A nuestro alrededor todo crecía en ruido, parecía como si la tierra y la vida fueran una pelota redonda, inmensa... y todos la pincharan por todas partes, salvajemente.

Y así me llegó un silencio total, inesperado.

II

Zaragoza fue, en la guerra, algo especial. Parecía la ciudad más grande del mundo; había de todo. Hospitales y prostíbulos; paseos y un río grande y ancho. Niños que iban al colegio, niñas jugando. Sí, jugando, saltando, riendo...

Albizu aprovechó un viaje para venir a verme al hospital y llegaba, como buen vasco, contento de rezarle a la Virgen.

—¿Cómo andan los demás? —comencé a decirle.

—Unos con permiso, otros allá, desperdigados... somos tan especiales que sólo nos unimos para destruir... ¿Te fijas que fácil es unir los hombres para la muerte y qué difícil lo es para la vida...?

—¿Y el cabo? —le pregunté.

—Se portó bien. Lo ascenderán; cortó alambres como un demonio, luego te recogió a ti y supo situarnos bien en una vaguada... donde, por cierto, había un *fianbre* ya con la piel tersa, a punto de romperse, recostado y con unos... ¡puás!... Las compañías siguieron avanzando; a ti, por fin, te cogieron unos camilleros y todos pensaron que de ésta ibas al otro barrio... Llegó la orden de quedarnos en unas posiciones y luego relevo, permiso y ¡juergas que te pego! Yo estuve todo un día borracho de anís. El estómago se me quedó de tanta dulzura hecho una pasa.

Luego quedó callado. Pasó algún tiempo. Yo no le pregunté. Quería saber qué nombres íbamos a darle a ese silencio que siempre llega después de las primeras palabras. Por fin dijo:

—Sí, Marcos y Pablo.

Y volvimos a estar callados. Y así le hablé de mis días en el hospital.

—Anoche murió uno en la sala de al lado. Fue a las dos y media, justamente.

Me miró sorprendido y le aclaré:

—Aquí en los hospitales todo se oye; se sienten los pasos lejanos, las respiraciones agitadas, algún sollozo y también la muerte cuando llega. Es algo especial, estás toda la noche desvelado y sientes el tic-tac del reloj, si

alguien se queja también sabes con qué intervalos lo está haciendo... e incluso si empeora y que ritmo tiene este... Y cuando alguien muere se siente que a ese silencio se añade un frío que lo cubre todo... Es como si en vez de palabras o imágenes te entrara, por el oído hasta el fondo del alma, un frío distinto al frío de las manos o de la cara... Sientes, cuando alguien se muere, que se acerca una mezcla de frío y silencio cubriéndolo todo poco a poco, llenándote los oídos de nada... Yo lo sentí venir y crecer, más y más, y empecé a contar interiormente como cuando niños hablamos en voz alta para ocultar nuestro miedo y en esto dio la media en el reloj, y al mismo tiempo sentí que ya no tenía sentido seguir contando... Más tarde, cuando la hermana vino con el café, le dije todo lo que había sentido y ella se asombró cuando indiqué el momento exacto, y me aconsejó que durmiera, que no pensara en tonterías... pero ella pensaba como yo, sentía como yo.

Y le expresé mi filosofía, el saber que, al morir, lo importante es padecer poco e irse lo más tarde, ya que no tiene gracia sufrir y sufrir para nada.

—¿Pero no tienes fe? —me preguntó.

Si, pero hasta ahora no ha venido ningún telegrama del otro barrio —dije cortando irónicamente la conversación.

—Pero de todas maneras —insistió— el saber adonde vamos; el conocer lo que será de nosotros cuando morimos...

—¿Nosotros, los de una guerra civil...? ¡Al limbo! ¿O es que crees que nos van a llevar a los arcos triunfales, que siempre van a durar los desfiles hermosos donde las mujeres nos besan y todo se resuelve en un porvenir óptimo, fácil... ¡Cal! La vida sigue. ¿O es que tú vas a creer como los moros que vas al cielo de los héroes? ¿Es que has visto algún cuadro del cielo con soldados llenos de piojos y los calzoncillos rotos de porquería y miedo?

—¿Pero el deber, el valor, la Patria...?

—¿Tú has visto alguna vez un embargo? ¿No te han echado a la calle, a la intemperie y al hambre por falta de dinero? Entonces es cuando hallas la respuesta a esas palabras sonoras. Déjate de boberías y abre bien los ojos, y verás que todo el que habla así, tiene mucha plata, mucha tierra... y casi nunca da golpe.

No quiso dejarme seguir hablando y me dijo:

—Muchacho, no hables así... Ten cuidado... si te oyen. Desde luego lo que dices es triste y verdadero..., pero sin ideales no se puede vivir.

Yo fui cruel, estaba tan amargado que quise no dejarle ninguna rendija y le espeté:

—¡Al contrario...! Sólo los que no tienen ideales son los que viven bien, al menos se sitúan en retaguardia sin pasar fríos, sin tener siempre una bala esperándoles y, para que te convenzas, vete a los paseos o a los cines...

—Mira, ya es tarde... me voy, me tengo que ir, mañana volveré a verte, que descanses.

Y volví a estar solo, mordiendo tantas palabras, tantas cosas, tantos porqués. Cada palabra la apretaba hasta su última definición, incluso la decía largamente, sílaba a sílaba, letra a letra como si así la entendiera mejor... y entonces era peor, se me vaciaba, se me quedaba en nada, ni en sonido; todo se volvía sonidos y luces extrañas, irreales y me fui sintiendo como en un lugar fuera del mundo, más allá, donde lo mejor era el sosiego, todo diluyéndose en paz y entonces vi y oí...

Era algo sin forma. Casi me decía:

«¿Vienes o te quedas? No vale la pena seguir... Es sencillo, te quitas las vendas, y abres las carnes cosidas... El mundo está equivocado, loco... todo es mentira, destrucción. Es una tortura grande y continua verlo todo, saber que todo va al barro, que es fango... Anda, ven...»

Yo estaba pasivo, terriblemente cansado, casi impotente de reaccionar... y entonces llegó un ruido ululante y voces que decían:

—¡La aviación, a los refugios!

Y me arrastré por pasillos y salas, y sentía los disparos y maldecía a todos, y seguí avanzando, agarrándome a la vida tal vez por temor, por costumbre quizás, y volvió un silencio total, inesperado y caí feliz en él porque no era el silencio grande, con frío, que llena de nada los oídos, los ojos, las manos...

LUIS JORGE RAMÍREZ